

## Domingo Royo (1660-1740 ?)

Por F. Lleonart Roca

Dentro del variado panorama que ofrecía la Albeytería a finales del siglo XVII encontramos la firme personalidad del Maestro Domingo Royo, uno de los personajes que mayor renombre alcanzó entre los de su tiempo, y que nos da otra muestra concreta de la existencia de una clase profesional culta y de elevada categoría científica, al lado de multitud de practicónes amanerados ausentes de todo espíritu científico renovador o de progreso.

Se saben pocos datos biográficos acerca de Domingo Royo, pues la mayor parte de ellos los hemos extraído de su obra magistral *Llave de Albeytería*; creemos valdría la pena indagar en los archivos de los mismos lugares en donde ejerció para acercarse algo más a su personalidad como albeytar y como hombre, pues apreciamos que fue un ser culto y un excelente escritor.

El albeytar Domingo Royo nació en Azuara "en la comunidad de Daroca de el Reyno de Aragón"; ignoramos la fecha de tal acontecimiento, aunque creemos sería alrededor de 1660, pues el libro que publicó fue escrito entre el mes de abril de 1715 y junio de 1717, fechas en las que manifestó que lo hacía "*entendiendo, por la experiencia de mi dilatada edad, que servirán a la utilidad común*". A pesar de todo *Llave de Albeytería* no apareció hasta 1734, año en que según noticias, seguía viviendo pero era ya muy anciano; precisamente con fecha del 3 de Abril de este mismo año de la publicación del libro, Juan Francisco Vinqueyra —"cirujano titular que había sido de la antiquísima Villa de Encinacorba, de la Coronada Exea de los Caballeros y en la Fidelísima de Almunia"—, manifestó conocer personalmente en venerable senectud al maestro Royo, describiéndole como un hombre de grave juicio, prudente, discreto y temeroso de Dios, y con quien hablar era entablar de inmediato una gran corriente de afecto.

Pocos datos tenemos sobre la formación profesional de Domingo Royo, aunque todo coin-

cide en considerar que tuvo una enseñanza médica a nivel universitario, especialidad de la que su obra muestra profundos conocimientos, siendo además digno de destacar su saber literario, el de las lenguas clásicas y su buen dominio de todo lo que se había escrito en Albeytería antes de su tiempo; así pues, no sólo cita a Virgilio, Julio César, Polion Tribelio, Vivar, Zurita y a Luis de Góngora, sino que también lo hace con grandes elogios de los escritores veterinarios que le precedieron: Baltasar Francisco Ramírez ("Discurso de Albeytería", 1629), Martín Arredondo ("Recopilación de Albeytería", 1658 y "Flores de Albeitería", 1661) Nicolás Ambros ("Breve Paráfrasis de Albeytería", 1686) y Francisco García Cabero ("El Templador Veterinario", 1727).

Debieron ser muchas las virtudes que adoraron a tan singular personaje, del que el escaso o casi nulo estudio de nuestros valores profesionales pretéritos han hecho que se le olvidase casi completamente a pesar de ser, según nuestra opinión, uno de los Albeytares más preclaros de la Historia Universal.

La vida de Domingo Royo estuvo marcada desde su juventud por un interés por saber y descubrir, integrándose plenamente en esto al espíritu científico en una época en que los principios de la medicina clásica Hipocrática y Galénica se estaban desmoronando por la fuerza de las nuevas corrientes naturalistas y racionistas. Estamos convencidos de que si Royo hubiese podido asistir directamente a las academias de ciencias incipientes, hubiera sido sin duda uno de los ilustres vanguardistas en el campo de las ciencias médicas, pues toda su obra muestra el palpitar de una vocación científica que él mismo confesó haber sentido desde muy joven "*la continua lección de libros, que me llevó la afición desde mis primeros años, me traxo inteligencia de algunas particulares medicinas*".

Recortando el perfil humano de este ilustre Albeytar, creemos necesario puntualizar cuatro

aspectos muy notorios: su hombría de bien, su espíritu didáctico, su cultura y su profesionalidad como vanguardista.

## DOMINGO ROYO COMO PROFESIONAL

Si Royo tuvo un papel relevante en la transición del siglo XVII al XVIII fue debido a su profundo espíritu de observación, a sus amplios conocimientos médicos y por su interés en descubrir las causas últimas de los hechos, aspectos que mancomunados con una dilatadísima experiencia práctica harían de él uno de los mejores clínicos del Reino de Aragón; profesionalmente dejó posiblemente una escuela de albéytares, pues a pesar de sus muchos conocimientos no pertenecía a la clase de hombres cerrados y recelosos de su saber —caso contrario hubiese sido olvidado por el tiempo, como quizás con tantos otros—; en el propio prólogo de su *Llave de Albeytería* lo dice bien claramente: “*No permite la agua sin violencia contenerse en el estrecho límite de un estanque, porque la naturaleza pide la corriente para fertilizar los campos con sus raudales... y siendo el agua símbolo de la sabiduría, no deben parar en el corto vaso de mi entendimiento las noticias que alcanzó, como avaro de los tesoros que me ha comunicado el Cielo, mediante la tarea de mis estudios*”.

Por ello no es de extrañar que el Protoalbeytar del Reyno de Aragón en 1733 D. Francisco La Fita firmase en Zaragoza la aprobación del libro con cálidos elogios al ya anciano Albeytar por su estilo conciso y práctico, por su interés didáctico y por la exactitud con que exponía los remedios de las enfermedades, muchos de los cuales eran verdaderamente originales y venían respaldados por la amplia experiencia del autor, el cual no sólo se limitaba a presentar los males sino que se esforzaba siempre en investigar sus causas “*physicas*”.

Sin duda de ningún género, Domingo Royo trasladó a su monumental obra sus más resonados triunfos profesionales, con todo el caudal de valiosas reflexiones de que era capaz un hombre entregado de lleno a su carrera, pues cada página de su *Llave de Albeytería* está colmada de todo género de reflexiones y frases de aliento dedicadas a los estudiosos, invitán-

doles no sólo a obrar bien, sino aplicarse a un mejor conocimiento de la naturaleza.

A pesar de que no comentemos ampliamente su *Llave* en este lugar, queremos significar que viene comprendida en un amplio volumen de 500 páginas en tamaño folio impreso en doble



## PARTE PRIMERA DE LOS PRINCIPIOS DE LA ALBEYTERIA, DIALOGO ENTRE EL DISCIPULO que pregunta, y el Maestro que le responde.

**Preguntado.** *Que es Albey-  
teria?*  
**Albeyteria.** *Respueta.* *Por razones  
de el nombre, es Arte de medicinar los  
Cavallos, y otros Animales como  
son Yegua, Mulo, Mula, Ju-  
gamento y Jumentacion; la primera  
se dice en el Codigio, libro 10, en la qual, Acurio, Ja-  
cobo, Cujacio, y otros gra-  
ves Juristas entienden por los  
Albeytares; siguiendo el Me-  
dicina de el Medicina: Por razones  
de el fin, es Arte que procura  
la salud. Por razones de el fin, to-  
es Arte dedicada para conser-  
var el cuerpo de el Anima. Por  
razones de las partes en que se*

*enfermedades fatigantes & infal-  
ticas. Por razones de el Oficio de  
el Albeyterio, es Arte que corre-  
ponde a los vienes de el cuerpo Ani-  
mal. Pero la verdadera: di-  
cion, y que a todos te atañe, ja-  
que es el Oficio que enseña el  
modo, y calidad de obrar en las  
enfermedades, que nacieren al  
cuerpo animal.*

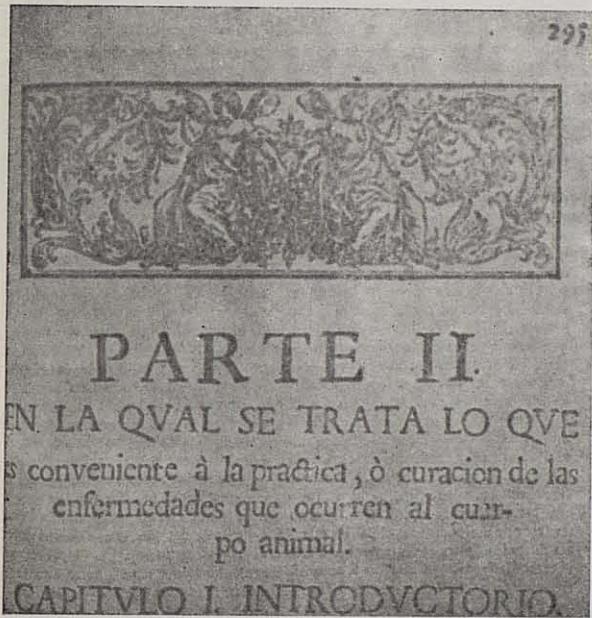
*Tres. De doce, que su erigen-  
do. Todas las ciencias son ramas  
de Adam, y de sus hijos del  
cenitudo y los demás herederos  
para llegar a tanto el cielo, y  
maldad, que allí le perdió  
toda la misericordia la misma  
necesidad les obligó a las trai-  
tostadas y en la M. forman su*

columna y dividido en dos partes. La primera parte, redactada en un estilo dialogado es muy didáctica y se subdivide a su vez en las siguientes partes o tratados:

- Tratado I: “De la naturaleza del cuerpo animal” (de la pág. 3 a la 57).
- Tratado II: “De las diferencias de las Enfermedades” (de la pág. 57 a la 185).
- Tratado III: “Parte diagnóstica” (de la pág. 185 a la 267), y
- Tratado IV: “Parte prognóstica” (de la pág. 267 a la 294).

La segunda parte, que comprende desde la página 295 hasta la 476 consta de 33 capítulos

dedicados a “*Lo que es conveniente a la práctica o curación de las enfermedades que ocurren en el cuerpo animal*”, precisamente es aquí donde podemos percarnos con toda claridad hasta qué punto sentía Domingo Royo la profesión, pues en ella vierte con abundancia sus vastos conocimientos y su doctrina científica. Son dignos de especial mención el capítulo XXXI que trata de la Albeytería infusoria y transfusión de sangre de un animal a otro, por primera vez en Veterinaria, el capítulo XXXII por lo que supone de innovación “*De varios remedios apropiados y experimentados en diversas enfermedades*”, y el XXXIII en el que apreciamos por primera vez cómo un tratado de Albeytería incluye un capítulo de Patología bovina.



DOMINGO ROYO:

SU CULTURA Y SU ESPIRITU DIDACTICO

Con todas las importantes renovaciones que representó la obra de Royo con respecto a otros tratados clásicos de Albeytería, es factible destacarle como uno de nuestros más ilustres colegas, no obstante hay más. Royo era un entusiasta de la veterinaria en toda su dimensión; deseaba lo mejor para ella de ahí que dentro de su formación universitaria intentase con todo vigor levantar la categoría científica y social de la albeytería. Se veía obligado a aleccionar,

y este punto merece comentario aparte.

Sin duda alguna, el Maestro Royo estaba dolido por el comportamiento humano de una gran masa de colegas, dolido por su forma de trabajar y por su falta de cultura. Meditemos bien si no estas palabras textuales de su libro, en las que pone las cartas boca arriba:

“*El Maestro ha de tener presente (para ser perfecto en su Arte), la brevedad de la vida, lo dilatado que es el arte, la celeridad con que pasa la ocasión, lo peligroso que es la experien- cia, y sobre todo quan dificultoso es el juicio*”.

En pocas palabras, descarta la rutina sistemática ya que consideraba insuficiente “*que el maestro cumpla la obligación de su ejercicio en aplicar y hacer lo que conviene con los enfermos*”, ya que Royo consideraba que el rango de Albéytar significaba y obligaba a tres cosas más: “*en lo tocante al alma la primera, la se- gunda al cuerpo y la tercera a las costumbres*”.

Ampliando estas directrices, apreciamos que Domingo Royo nos legó, como gran Maestro que era, una herencia imperecedera sobre la dignidad profesional y el engrandecimiento de la clase.

En lo que toca al *alma* recomendaba sabiduría y aplicación al estudio. Entresacamos de sus máximas algunas que nos parecerán insólitas, pero que siguen en espíritu con la mayor vivencia:

“*Lo primero que el Albeytar ha de saber con perfección es la Lengua Latina, que en nuestra España hay grandísima falta*” (el latín era el idioma de la ciencia y sin su conocimiento no podían leerse muchas obras de interés). “*El Al- beytar ha de saber de Philosophia natural*”, ha de saber “*retórica*”. “*Debe el Maestro para saber bien su Arte tener mucha noticia de Chimica*”, y por supuesto debía conocer a fondo las asignaturas básicas sobre las que cimentar el ejercicio “*De lo que mas en particular ha de estar adornado un Maestro para ser perfecto es de la Anathomia; y así debe poner todo cuidado en saberla, en particular la que toca a la fabrica del Cuerpo Animal por ser objeto principal en la que se ha de exercitar, pues sin saber un Maestro la composición, o estructura del Cuerpo Animal, será muy dificultoso que sepa curarla*”.

debiendo contar además de sus propios conocimientos teóricos, con la suficiente práctica, pues “sin experiencia cometrá muchos desaciertos”.

Respecto a la presencia de ánimo, Royo recomendaba ser apacible, no tener ira, no ser rencoroso. Como virtudes sobresalientes destacaba la Prudencia, la Fe en lo que se había estudiado, y Caridad para con los pobres “curándoles los animales devalde, pues se lo pagará Dios Nuestro Señor por otra parte doblado”.

Respecto al cuerpo, resultan curiosos los consejos referentes al semblante, pues recomendaba adoptar un aire meditabundo y el rostro poco alegre. Respecto al vestir recomendaba ir correctamente arreglado, pero sin la costumbre de algunos de trabajar “pareciendo unos Caballeros”, en pocas palabras: procurar ofrecer un aspecto decoroso y sin extravagancias.

Finalmente, en el apartado de *cuales deben ser las costumbres de un buen Albéitar*, el Maestro Royo alcanza unos niveles didácticos francamente hermosos; nos referimos cuando enumera los vicios que debe evitar un profesional digno de su labor: En total son cinco:

Primero: Evitar la arrogancia y la vanagloria “fuente y origen de todos los males”.

Segundo: Evitar la adulación.

Tercero: Huir de la murmuración, porque “Quién habrá, que alague a un Espín, y le toque con tanta cautela que no le punce y ensangrienta las manos, en pago de las caricias? o ¿quién querrá hacerse compañero de un Escorpión, que siempre tiene levantada la cola para envenenar?”

Cuarto: Un vicio por donde el Maestro puede perder su decoro es por ser muy locuaz, “garrullo” o hablador. (*Donde hay muchas palabras de continuo, ay frequentemente necesidad*).

Quinto: Huir de contiendas y porfías, no embriagarse, (*Total desdoro en un Maestro*), no ser terco y aferrado a un dictamen y tener paciencia.

#### ROYO: UN CIENTIFICO DE SU TIEMPO

El Albéitar Maestro Domingo Royo, fue en su tiempo un entusiasta científico de vanguardia. Para percatarnos de la importancia de

este hecho, es preciso revisar algunos puntos con el fin de apreciar en qué estado se hallaba la medicina y la biología en el tiempo en que le tocó vivir: en pleno renacimiento de la ciencia.

Hasta principios del siglo XVI, las doctrinas médico-filosóficas se basaban de forma absoluta en las doctrinas de Galeno en unión con las doctrinas naturalistas de Aristóteles y las de “Corpus Hippocraticum” que procedentes de la Antigüedad dominaron en toda la Edad Media: todo pensamiento que se apartase de estas bases era considerado como nocivo y casi herético.

El Renacimiento trajo como consecuencia un



mejor estudio de los clásicos, y una liberación del pensamiento que permitió, de una forma velada al principio y más directa después, criticar las doctrinas estáticas que hasta entonces habían dominado todo pensamiento científico. Los estudios anatómicos del siglo XVI y la evolución hacia el pensamiento moderno se abrieron paso con firmeza pero muy lentamente, gracias